

## Recensiones

CUENCA, José Manuel: *Iglesia y burguesía en la España liberal*. Ed. Pegaso. Madrid 1979, 225 págs.

No dudamos en saludar con alborozo la aparición de un libro que, aparte representar una destacada contribución al mejor conocimiento de la génesis y plasmación de la decisiva experiencia liberal ochocentista, todavía con tantas incógnitas por depear no obstante la aparición de valiosas aportaciones recientes, incide sobre la problemática religiosa del momento, parcela tan nuclear como necesitada de la atención del investigador.

El que la empresa corra a cargo del Dr. J.M. Cuenca Toribio es la mejor garantía de acierto por la solvencia científica del autor. El tema toca de lleno en el área de especialización en que el decano cordobés ha venido desarrollando prioritariamente su intensa y fructífera labor investigadora durante los últimos años. No en vano nos encontramos ante el introductor de la temática religiosa en los estudios contemporanistas de la Universidad española, forjador e inspirador de una brillante pléyade de investigadores, y creador e impulsor de nuestra historiografía eclesiástica contemporánea.

El libro reseñado se configura en cuatro partes diferentes, aunque conectadas entre sí. Las dos primeras —«La decantación de las formas de religiosidad burguesa (1808-1833)» y «Economía e Iglesia en la España isabelina» (págs. 9-82 y 83-147)— son sendos análisis en profundidad, altamente sugerentes y con marcado carácter revisionista sobre sociología religiosa y problemática eclesial en el marco de la transición al liberalismo en España o en relación con su azarosa consolidación. El enjundioso volumen se cierra con el estudio pormenorizado de los viveros docentes eclesiales —«Notas para el estudio de los seminarios españoles en el pontificado de Pío IX» (págs. 175-225)—, sin duda primera aproximación global al tema realizada hasta el momento. La sigue una «Panorámica de la Iglesia jerárquica española en tiempos de Pío IX» (págs. 227-243), penetrante análisis del comportamiento de la que fue una de las élites de poder más influyentes con Isabel II.

No se trata de una recopilación realizada al azar. En tanto los dos primeros estudios, estrechamente interrelacionados, delimitan contornos y nos introducen en el mundo apasionante de la adaptación de la Iglesia a la nueva sociedad burguesa, los dos últimos tratan en profundidad aspectos clave inherentes a la temática propuesta.

El autor ha tenido el acierto de plantearse, a modo de prolegómenos, una cuestión tan vinculante de cara al acontecer futuro como es el impacto del conflicto antinapoléonico en la posterior toma de posturas de la Iglesia docente. Sus conclusiones son categóricas. La resistencia antibonapartista imprimió huella indeleble sobre las manifestaciones del fenómeno religioso español ochocentista, realidad a la que no escaparon los propios contemporáneos de la contienda. Esa huella se manifiesta en la configuración interna de la Iglesia en sus relaciones con el poder temporal, en la proyección pastoral e incluso en las formas de comportamiento religioso a nivel individual y colectivo.

Las profundas transformaciones institucionales y sociales del país bajo el impulso de una minoría audaz y capacitada, impresionó vivamente a la jerarquía eclesiástica. Percatada ésta de la importancia de unos cuadros dirigentes bien formados en un país tan atrasado como lo era la España de entonces, pasa a un primer plano el problema de los seminarios, el de la reconstrucción de los cuadros eclesiales de acuerdo con módulos actualizados, cuestión a la que el autor reservará en el libro un estudio específico.

De la formación impartida dependía en considerable medida la actuación de esa élite de poder, asunto tratado en las esclarecedoras páginas finales de esta obra. Quienes deseen profundizar en el tema verán satisfechas sus aspiraciones con otra espléndida monografía del Dr. Cuenca —«Sociología de una élite de poder en la España contemporánea: la Jerarquía eclesiástica (1789-1865)», Ed. Escudero, Córdoba, 1976—, a todas luces modélica en cuanto a metodología, información y exposición.

Para Cuenca la obsesión eclesial por la educación de «selectos», en la firme convicción de que los destinos de la sociedad depende, en buena parte, del talante ideológico de la clase dirigente, arranca precisamente de nuestra primera experiencia liberal. Claro está que no le faltan algunos precedentes. ¿Acaso no se halla en igual línea la antigua táctica jesuita de formar las élites para llegar luego a las masas con economía de tiempo y esfuerzo?

De otro lado, en los albores del mundo contemporáneo la Iglesia captó desde el primer momento la amenaza representada por la quiebra del viejo orden para su misión y «status», al menos tal como esos conceptos eran entendidos en el contexto del Antiguo Régimen. Ante la disyuntiva planteada optará, a nivel de institución, por cerrarse sobre sí misma, en la convicción de que de esa forma protegía mejor sus intereses inmediatos, reafirmandose en sus convicciones de siempre lejos de toda tentación de autocrítica. Fue ese un serio «handicap» de cara a su desenvolvimiento futuro, desde el momento en que se vio lanzada por senderos que luego fue preciso desandar.

Mediatizada la jerarquía por su supeditación al orden restaurado, se vio trabada «para cualquier movimiento de reforma o renovación profunda» (pág. 18). En parte porque el propio Estado nunca demostró especial interés en reactivar una Iglesia con la que había mantenido una rivalidad secular. Aún en el caso de haberlo deseado, el anquilosado sistema político fernandino en modo alguno se hallaba en situación de prestar un concurso decisivo al remozamiento de la institución paralela. Sea como fuere, lo cierto es que la jerarquía eclesiástica dio pruebas de un complejo de supeditación —no siempre justificado— respecto a la clase gobernante que le era afecta, por estimar que sin el apoyo de ésta nada podía contra unos enemigos siempre en aumento.

Ese sentimiento se perpetuaría bajo Isabel II respecto al partido de Narváez. Para Cuenca la inseguridad «llegó a convertirse en una especie de segunda naturaleza, hasta el punto de que quizás quepa sostener, con ciertas salvedades, que las simpatías procarlistas de una parte considerable del estamento clerical provinieron más que de una supuesta y exagerada defensa de intereses de clase, de la búsqueda de un poder fuerte, cuyas funciones no cumplía a sus ojos el sistema constitucional».

A su vez, la actitud descrita no deja de tener connotaciones de estrategia coyuntural para ganar tiempo. Los males de la Iglesia, en modo alguno, caben ser atribuidos de forma exclusiva a factores exógenos. Las vicisitudes vividas durante el tormentoso cuarto de siglo contemporáneo de la transición al liberalismo, al que siguió la convulsiva fase que precedió al arreglo de una infinidad de cuestiones pendientes mediante el Concordato de 1851, no aplicado íntegramente hasta las postrimerías del reinado, se tradujeron en un grave deterioro de la disciplina y organización de la Iglesia, en la drástica contracción de sus efectivos humanos,

destrucción de su patrimonio económico y, en ocasiones, desgarramientos internos, aun en el plano doctrinal.

Los defectos e insuficiencias del clero español hasta bien avanzado el siglo XIX son una consecuencia de esas premisas. Claro está que marchar por derroteros más modernos no hubiera resultado fácil habida cuenta el fracaso a escala universal de un entendimiento, siquiera dialéctico, de la Iglesia católica con el liberalismo burgués. Tampoco puede olvidarse la singular acritud que revistieron las pasiones políticas en la España ochocentista.

En contrapartida, la reafirmación de la Iglesia española en sus convicciones de siempre no dejó de generar energías creadoras, plasmadas en un catolicismo de signo popular, que en opinión de Cuenca, sin pretender equipararse en cuanto a nivel intelectual al de los países europeos más avanzados —no obstante contabilizarse individualidades sobresalientes de proyección internacional—, no anduvo falto de vitalidad ni careció de manifestaciones altamente positivas. Por ejemplo, el magnífico plantel surgido entonces de congregaciones, asociaciones y comunidades tanto laicas como eclesiásticas, que respondían a funciones sociales —educativas, asistenciales, benéficas— muy en consonancia con los tiempos y que —a juicio del autor—, siquiera en un plano cuantitativo, no admite parangón con ningún otro país de Occidente.

Los factores estructurales, la organización eclesiástica y sus intentos de reforma por lo general fallidos, el reclutamiento, efectivos y distribución del clero antes y después de la excomunión, su papel en la contienda carlista, la etiología, dinámica y consecuencias de la desamortización eclesiástica, el proceso de acercamiento al liberalismo moderado, el papel asumido en este proceso por la Unión Nacional, la génesis y aplicación del Concordato, la incidencia sobre el mismo de la dinámica política del momento y la identificación final de la Iglesia española con el régimen isabelino en «el clima de espejismo y exaltación que nutría la política de ambos Estados» (pág. 173) son, entre otros, aspectos tratados por el autor en páginas de sugerente y apretado texto, que aportan matices nuevos respecto a publicaciones más o menos recientes y, en ocasiones, de gran calidad —*Revuelta, Carcel Ortí, Pérez Alhama, el propio Cuenca...*—, y que en cualquier caso invitan a la reflexión.

El autor aporta valiosos juicios de interpretación, avalados por un conocimiento amplio y profundo de la temática tratada. Por ejemplo, cuando pone de manifiesto las posiciones pro-isabelinas y la prudente moderación adoptada a la muerte de Fernando VII por el sector más prestigioso del episcopado —con pocas excepciones—, en un afán encomiable de restar posibilidades a la naciente guerra civil, realidad ocultada luego por el giro de los acontecimientos. Y cómo el cambio posterior tuvo lugar a remolque de la exacerbación anticlerical del liberalismo exaltado, provocada en parte por la actitud negativa de la Santa Sede respecto al trono de Isabel II. También por la situación insostenible suscitada por el fracaso

de la Junta Eclesiástica, detonante de las iniciativas adoptadas por Mendizábal.

Pero son, sobre todo, los aspectos económicos la parcela que recibe un tratamiento preferente por el papel angular que asumen bajo el impacto de la supresión de diezmos y de la obra desamortizadora. Asuntos tan controvertidos como los del culto y clero, el arreglo financiero anterior y posterior al Concordato y el de las compensaciones ofrecidas a la Iglesia, obstáculos casi insalvables para el restablecimiento de la paz religiosa, se reducen, en definitiva, a cuestiones de dinero. El Dr. Cuenca aborda el tema de forma original, insistiendo sobre un aspecto hasta el momento poco menos que inédito. El del régimen jurídico de la organización económica de la Iglesia en el marco del constitucionalismo, enfoque al que el tratamiento pluridisciplinar preconizado ahora por el profesor cordobés extraerá en el futuro todas sus posibilidades.

Pocos libros ofrecen tanta materia de reflexión y enseñanza. Aquí la síntesis certera y brillante coexiste con una auténtica labor de investigación, fundada en la inteligente interpretación de las fuentes coetáneas. Sendos índices bibliográficos y de nombres enriquecen y simplifican el manejo de esta importante obra.

Juan Bautista Vilar

VILAR, Juan Bautista: *Emigración española a Argelia (1830-1900). Colonización hispánica de la Argelia francesa*. Madrid 1977. Instituto de Estudios Africanos, C.S.I.C., VIII-537, ps. y gráfs.

He aquí un importante trabajo de investigación, realizado por el profesor J. B. Vilar, del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, autor de numerosos libros y trabajos africanistas.

Se trata del primer estudio global de la emigración española a Argelia en la fase ochocentista de dominación francesa del territorio (1830-1900). El autor desborda ampliamente los límites de un estudio demográfico, para hacer un análisis profundo de la sociedad española en Argelia, donde se puede apreciar la aportación del elemento español en la colonización del país magrebí. Estas huellas son aún evidentes en la Argelia independiente y reivindicadas con interés por los propios argelinos.

En cuanto a la coordenada temporal, hubiera podido ser conveniente el que la monografía se cerrase en 1914, año en el que el fenómeno migratorio reseñado cambia definitivamente de signo en un sentido regresivo (predominio de las salidas de Argelia sobre las entradas). Pero este tema será objeto de un segundo volumen de la investigación del profesor Vilar, que abarcará desde el principio de siglo a 1962, fecha de la independencia argelina. Así como el autor supo también